

**LA CASTRACIÓN DEL CUERPO COMO CASTIGO DEL PECADO: EL
CASO DE PEDRO ABELARDO**

**THE CASTRATION OF THE BODY AS A PUNISHMENT FOR SIN:
THE CASE OF PETER ABELARD**

**A CASTRAÇÃO DO CORPO COMO PUNIÇÃO PELO PECADO: O
CASO DE PEDRO ABELARDO**

Julián Andrés Escobar Gómez

Mestre em Educação pela Universidad de Antioquia-CO. Professor da Institución Educativa Carlos Vieco Ortiz-CO. E-mail: julian.escobarg@udea.edu.co

DOI: <http://dx.doi.org/10.4025/notandum.vi63.76606>

Recebido em 30/04/2025

Aceito em 17/11/2025

Resumen

Uno de los filósofos más populares de la Edad Media es Pedro Abelardo y su libro más célebre es llamado *Historia Calamitatum* o *Historia de mis desventuras* donde él expresa su autobiografía. En este libro – una carta escrita para uno de sus amigos –, el autor escribe acerca del amor, la persecución, sus profesores, entre otros temas interesantes. En el presente artículo, voy a tomar y exponer uno de estos: la corporalidad. Es sabido que Abelardo fue castrado por Fulberto, el tío de Eloísa, y sus compañeros porque consideró que Abelardo ofendió a Eloísa. Es sabido también que Abelardo y Eloísa se enamoraron y tuvieron un hijo llamado Astrolabio sin haberse casado y esto pudo haber sido una ofensa para la sociedad del siglo XII. En este artículo me enfocaré en la castración de Abelardo y su significado o relación con la corporalidad.

Palavras-chave: Abelardo; Corporalidad; Castración; Persecución.

Abstract

One of the most popular philosophers in the Moyen Age is Pedro Abelardo and his most celebrate book is called *Story Calamitatum* or *Story of my misadventures* where he explains his biography. On this book – a letter written for one of his friends –, the author writes about love, persecution, his professors, among other interesting subjects. In this article, I will take and expose one of those: the corporality. It is known that Abelardo was castrated for Fulberto, the uncle of Eloisa, and his partners because he considerate Abelardo disgraced Eloisa. It is known too Abelardo and Eloisa falls in love to each other, and they had a child called Astrolabio without get married and that could be the offense for the society of XII Century. In this article I will take a focus: the castration of Abelardo and its signification or relationship with the corporality.

Keywords: Abelardo; Corporality; Castration; Persecution.

Resumen

Um dos filósofos mais populares da Idade Média é Pedro Abelardo e seu livro mais famoso se chama *Historia Calamitatum* ou *História das minhas desventuras*, onde ele expressa sua autobiografia. Neste livro – uma carta escrita a um de seus amigos – o autor fala sobre amor, perseguição, seus professores, entre outros temas interessantes. Neste artigo, vou pegar e expor uma delas: a corporeidade. Sabe-se que Abelardo foi castrado por Fulberto, tio de Heloísa, e seus companheiros porque considerava que Abelardo ofendeu Heloísa. Também se sabe que Abelardo e Heloísa se apaixonaram e tiveram um filho chamado Astrolábio sem terem se casado, o que pode ter sido uma ofensa à sociedade do século XII. Neste artigo, vou focar na castração de Abelardo e seu significado ou relação com a corporeidade.

Palavras-chave: Abelardo; Corporeidade; Castração; Perseguição.

Introdução

La basta obra de Pedro Abelardo (1079-1142) ha sido abordada desde diferentes perspectivas, cada una de ellas igualmente válidas (RAÑA, 1998). Sus obras principales han sido recopiladas por Jaques Paul Migne (1986) en su reconocida Patrología Latina, tomo CLXXVIII, aunque ha sido traducida a otros idiomas para una mayor difusión. En el presente artículo utilizaremos la traducción presentada por José María Cigüela en la Biblioteca Básica Universal. Ahora bien, una de las posturas que se desea ampliar en este documento es la relación entre la corporalidad y la filosofía de Pedro Abelardo en su llamada *Epistola prima: Quæ est historia calamitatum Abelardo, ad amicum scripta* aunque mayormente conocida como la *Historia Calamitatum*, cuya traducción al español sería la de *Historia de mis desventuras* (ESCOBAR, 2021).

Esta epístola que escribe Pedro Abelardo podría entenderse como una autobiografía dirigida a un amigo suyo cuyo nombre desconocemos. Allí se presenta él como la víctima de

una serie de sucesos que, a lo largo de su vida, le han acaecido. Las profundas problemáticas que vivió con sus antiguos maestros (y la forma en la que él los superó en conocimiento) le llevaron a constantes persecuciones académicas, e incluso, la condena al silencio perpetuo en el concilio de Sens (1140). Como si ello fuera poco, su fama de castidad se ve derrumbada al enamorarse de una de sus estudiantes más brillantes: Eloísa, la hija del canónigo Fulberto quien también se encargará de perseguirlo hasta el cansancio, sin importar la boda que hay entre los enamorados. El fruto del amor prohibido en la figura de un hijo llamado Astrolabio, resulta ser censurada en este siglo en el que se esperaba más castidad de Abelardo.

Lo importante es que en este documento (*Historia Calamitatum*) aparece una cierta manifestación de las acciones llevadas a cabo sobre el cuerpo. Si bien es cierto que no es el objetivo principal del autor de la carta escribir acerca de este tema en particular, se nos permite acercarnos a él. En dos vías diferentes se puede interpretar la relación con el cuerpo: por un lado, la unión amorosa entre los amantes y, por otro, el castigo al que fue sometido el hombre por una presunta ofensa y deshonra cometidas sobre el cuerpo de la mujer. De ambas perspectivas acerca del cuerpo (tal vez en una complementariedad entre lo femenino y lo masculino) se ocupará el presente artículo, enfocándonos en la corporalidad implícita en la epístola antes mencionada.

Contextualización

Podría llegar a decirse que Pedro Abelardo, en su época, fue un revolucionario en la enseñanza (ESCOBAR, 2021). Ello se debe a las mecánicas que comenzó a implementar en la naciente Escuela Catedralicia de París, a la cual estuvo vinculado por algún tiempo como uno de sus maestros. En esta escuela, aplicó la *quæstio*, la *disputatio*, y la *inventio* (HERRERA, 2009) como metodología de enseñanza que se convirtió en una innovación en su debido momento ya que se alejaba plenamente de la *lectio* que se practicaba por aquellos días, sobre todo por sus antiguos maestros que, con el pasar del tiempo, devinieron en sus principales perseguidores. Esto lo convertiría en un disidente de su tiempo (BRASA, 1994). Al menos así nos lo hace ver el propio autor en su aclamada *Historia Calamitatum* (H.C de ahora en adelante), cuando se presenta como uno de los principales nominalistas del siglo, superando incluso en ingenio a sus maestros. Esto es expresado también por Escobar (2021) cuando nos dice que

El texto referido (H.C.) nos es legado a nosotros como una autobiografía del filósofo. Se dirige a un amigo, aunque no se menciona su nombre, y elabora

Notandum, ano XXVIII, 2025 CEMOOrOC-Feusp / GTSEAM

una detallada narración de los hechos que ha vivido a lo largo de su carrera como docente en la naciente Escuela Catedralicia de París. Menciona, entre otras cuestiones, cuál era su fama, su renombre dentro de la escuela y la sociedad de ese momento: él representaba uno de los docentes más célebres y aclamados de esa época, no solamente por su sabiduría y el cargo que fungía en términos de educación, sino por la fama de castidad que rodeaba su nombre, su figura; habla acerca del cómo se enamoró de Eloísa, la sobrina de un canónigo, una mujer reconocida por su sabiduría, su hermosura y su juventud; las persecuciones a las que fue sometido por algunas personalidades de la época como lo fue Anselmo de Laón, sobre quién dirá en esta H.C.: el fuego que encendía con su ciencia sólo llenaba la casa de humo pero no alumbraba; y también cómo, posteriormente a ciertos eventos que ha vivido, se dedica por completo a la oración, desde la soledad de un monasterio. (p. 53).

En este texto se presentan algunas de las ideas principales que podemos encontrar en la H.C. ¿Era menesteroso el celibato para devenir en una personalidad pública al ser maestro de una de las escuelas catedralicias más célebres del siglo? Tal vez no, pero en el caso de Pedro Abelardo era una cuestión decidida: su castidad no se ponía en duda según nos manifiesta en su autobiografía. Esto contribuyó a su acercamiento con Eloísa, pues, bajo el pretexto de que le enseñaría todo aquello que fuese posible, también deseó en primera instancia acercarse a su cuerpo. Ella era una alumna apreciada, no solo por su belleza, sino también por su inteligencia. Abelardo se plantea el objetivo de doblegar su espíritu, bien sea mediante la enseñanza, bien sea mediante el poder sobre el cuerpo ya que tenía vía libre para reprenderla si se negaba al conocimiento.

En este sentido, lograría su cometido de acercarse a ella sin que su fama de castidad se viera afectada de ninguna manera. No obstante, el tedio comenzó a apoderarse de su espíritu ya que las clases en la escuela se convirtieron en una tortura para él. Decía que sus clases se convirtieron en una repetición de lo mismo, en lugar de encontrar algún avance significativo en la ciencia que enseñaba. Ello se debió a que el amor hacia Eloísa, la adicción a su cuerpo, a sus besos y a las faenas que realizaban en sus encuentros, devino más importante que sus lecciones de los clásicos. Sus manos comenzaron a estar más atentos al cuerpo del otro que de los libros a los que asistían para el aprendizaje. Tendría que preguntarse, entonces, si ello era un verdadero amor o una obsesión por el otro. Quizá, en el caso particular de estos amantes, haya sido una mezcla de ambos.

Así pues, se debe mencionar otros datos acerca del filósofo Pedro Abelardo para comprender un poco más el sentido de sus contribuciones en torno a la corporalidad. Si bien es cierto que su obra no se limita necesariamente a su H.C, pues ha escrito otros libros tales como su *ethica seu liber dictus scitu te imsum* [conócete a ti mismo] (ABELARDO, 1944) y

Notandum, ano XXVIII, 2025 CEMOroC-Feusp / GTSEAM

su *Dialogus interphilosophum, judaeum et christianum* (ABELARDO, 1988), es en H.C donde aborda de manera más explícita la relación de sí mismo con respecto al cuerpo y la unión de este con lo femenino. Resulta que la carta escrita a un amigo desconocido para nosotros (H.C) es mucho más narrativa que sus demás libros que, al ser más académicos, son menos explícitos en relación con el cuerpo. Es difícil catalogar en un solo tipo de escritura la H.C, al menos así nos lo deja ver Zumthor (1950) cuando nos dice que

Reducido como es frecuente, a la anécdota, raya si no en lo burlesco sí en lo descarado. Lo que nos es narrado en este texto que se presenta aquí excede, por su ambigüedad, toda clasificación: tragedia (en el sentido medieval del término: acción en desgracia), pero también comedia, en conclusión, divina comedia... y, casi inevitablemente, el lector le inviste su propia ideología. (p. 25).

Más allá de las categorías a las que podamos reducir la H.C, es necesario abordarla con detalle ya que ahí se nos hereda un diagnóstico acerca de lo que serían los temas de mayor interés para los franceses de la Baja Edad Media, sobre todo para aquellos que, de alguna manera, han procurado influenciar la cultura de su época para dar un giro sobre ella, aportar nuevos conocimientos y modificar un poco lo que serían las dinámicas de la sociedad de ese momento histórico. Así pues, el pensamiento de Pedro Abelardo, aunque sea en una epístola de carácter narrativo, hace ese diagnóstico de su tiempo para heredarnos los temas de mayor interés de ese siglo en el que vivió. Además, también pueden verse en esta obra las influencias de otros grandes pensadores de la filosofía medieval, como lo es Agustín de Hipona (HERRERA, 2010).

Las diversas ideas que Abelardo defiende en sus clases universitarias le dan ese apelativo de revolucionario, no en un sentido contemporáneo, sino en uno relacionado con la innovación. Presenta las novedades tanto en filosofía como en teología y exégesis bíblica. Esto le genera una serie de enemigos tanto dentro de la universidad en París como en otras regiones de Francia Medieval. De esta manera, él genera una ruptura con respecto a las tradiciones que lo anteceden. Esto lo podríamos considerar como un renacimiento en el pensamiento medieval (MARAVALL, 1982), un despertar hacia unas consideraciones que no se habían tomado en cuenta hasta ese preciso momento. Si bien es cierto que esto puede provocar muchos seguidores por lo novedoso de las enseñanzas, también genera enemistades, al menos eso puede derivarse de la condena recibida en el Concilio de Sens. Así nos lo deja ver Escobar (2021) cuando nos dice que

Notandum, ano XXVIII, 2025 CEMOrOC-Feusp / GTSEAM

Pedro Abelardo ha sido condenado por el concilio de Sens (1140) al castigo del «silencio perpetuo». Tanto él como su obra han recibido esta pena por las tesis, ideas y postulados que plantean contra diferentes nociones de la Iglesia Católica de la Baja Edad Media. Este filósofo ha creado una ruptura en la cultura de lo que históricamente se ha denominado el oscurantismo, arrojando su luz sobre su época y dejando las bases de lo que hoy se conoce como el primer renacimiento. Él representa uno de los pilares del movimiento de dialécticos del siglo XII y gracias a sus discípulos hemos logrado conservar una parte de su obra. (p. 51).

Si bien es cierto que los últimos años de vida de Abelardo los pasa en el encierro en una abadía son sus discípulos los que preservan sus ideas, sus obras para que la posteridad pueda comprender lo que este filósofo ha planteado para la Francia Medieval. Tal vez la iglesia no estaba preparada todavía para los aportes que hizo este autor, pues, en su afán por silenciarlo, han creado de él una leyenda que sigue vigente en nuestra sociedad bajo diversos estudios de su pensamiento (FACI, 1987). En este contexto histórico se encuentra, entonces, la H.C.

El cuerpo y el amor

Tal vez el amor llega de diversas maneras a la vida de los hombres, muchas veces sin ser llamado ni solicitado. Este es el caso de Pedro Abelardo. Su castidad era extensamente reconocida en su época, lo cual hacía que fuera poco creíble que un hombre de su talla se viese involucrado en amoríos con mujeres. No obstante, su espíritu se vio doblegado al conocer a Eloísa. Fue tal su impresión que inmediatamente quiso acercarse a ella, conocerla y buscar la manera de que ambos fuesen uno solo. Mediante algunas amistades que tenía, pudo acercarse a Fulberto, tío de la dama en cuestión, para mudarse a una de sus pensiones. Aseveró que los costos de dónde vivía no le eran tan favorables así que negoció con el canónigo un buen precio, al que añadió la educación de Eloísa. Había un doble beneficio, pues Abelardo tendría permitido pasar tiempo con la dama y Fulberto no tendría que preocuparse, por principio, por la educación de su sobrina o por cuestiones amorosas, pues tal era el renombre que el maestro tenía que no había espacio para el error.

Pronto comenzaron las clases privadas con la autorización de que, si había alguna negación frente al aprendizaje, podría ser más rígido para doblegarla. Con esa autorización dada por el tío, Abelardo supo que pronto caería en las garras del amor, pues una dama tan bella, con una fama de inteligencia como la que tenía, no podía pasar desapercibida. Sus cuerpos comenzaron a unirse en uno solo, pues la atracción que sintió el uno por el otro fue tan fuerte que poco importaban ahora las lecciones de filosofía, teología o de lenguas porque

lo importante era el amor que cada uno sentía por el otro para fundirse en un solo cuerpo en el que los dos espíritus vivieran a plenitud. Tal vez fue poco el tiempo que se dedicaron por completo a las ciencias, pues los cuerpos necesitaban de algo más para sentirse llenos de un amor que los encegueció. Al menos así lo deja entrever Abelardo (1983) cuando nos afirma que

Con pretexto de la ciencia nos entregamos totalmente al amor. Y el estudio de la lección nos ofrecía los encuentros secretos que el amor deseaba. Abríamos los libros, pero pasaban ante nosotros más palabras de amor que de la lección. Había más besos que palabras. Mis manos se dirigían más fácilmente a sus pechos que a los libros. Con mucha más frecuencia el amor dirigía nuestras miradas hacia nosotros mismos que la lectura las fijaba en las páginas. Para infundir menos sospechas, el amor daba de vez en cuando azotes, pero no de ira. Era la gracia —no la ira— la que superaba toda la fragancia de los ungüentos. ¿Puedo decirte algo más? Ninguna gama o grado del amor se nos pasó por alto. Y hasta se añadió cuanto de insólito puede crear el amor. Cuanto menos habíamos gustado de estas delicias, con más ardor nos enfrascamos en ellas sin llegar nunca al hastío. (p. 18).

En esta relación idílica entre los amantes, poco o nada importaba el mundo exterior. ¿Qué harían si fuesen descubiertos? Esta pregunta nunca pasó por sus mentes, pues creían que, al estar solos con la excusa del estudio de las ciencias, nada ni nadie se interpondría en un amor que solo les competía a ellos. Las exploraciones que hacían en el cuerpo del otro, al parecer, es la misma que hacen los adolescentes cuando descubren por primera vez el dulce sabor de la sexualidad. De un lado, el hombre, privado de todo apego al cuerpo femenino por haberse dedicado por completo a las ciencias, a las artes liberales de su momento histórico, descubre en el cuerpo de una joven aquello que por años se le había negado; por otro lado, la dama estaba absorta por el cuerpo masculino, pues no solo representó los lazos que la unían con su sexualidad recientemente descubierta, sino que, además, la picardía de que fuese con su maestro, una autoridad del siglo, le hacía más deleitoso la exploración del cuerpo ajeno a través del suyo (OSSADÓN, 2004).

Ya no exploraban los libros, las lecciones o las lecturas de los clásicos. Tampoco importaban los razonamientos que se descubrían con el estudio serio y riguroso de las ciencias. Ahora habían descubierto en el cuerpo del otro una pasión desbordante que no había conocido ni principio ni fin. La dulzura de un beso, la satisfacción de una caricia, la protección de un abrazo fue más importante para ellos que el estudio de las lenguas, la teología o la filosofía. Se satisfacían de mil maneras diferentes y no fue posible encontrar el hastío de un recorrido hecho por los cuerpos mortales de los amantes (NAVARRO, 1998).

Estaban dominados por un placer mundano que prontamente les hizo olvidar aquellas otras vidas que tenían ellos, bien sea en el hogar o en la universidad donde las lecciones comenzaron a ser una repetición de los antiguos pensamientos del filósofo. Al menos así lo reconoce Abelardo (1983) cuando afirma que

Y cuanto más dominado estaba por la pasión, menos podía entregarme a la filosofía y dedicarme a las clases. Me era un tormento ir a clase y permanecer en ella. Igualmente, doloroso me era pasar en vela la noche esperando el amor, dejando el estudio para el día. Tan descuidado y perezoso me tornaba la clase que todo lo hacía por rutina, sin esfuerzo alguno de mi parte. Me había reducido a mero repetidor de mi pensamiento anterior. Y si, por casualidad, lograba hacer algunos versos eran de tipo amoroso, no secretos filosóficos. Buena parte de esos poemas —como sabes— los siguen cantando y repitiendo todavía en muchos lugares, esos a quienes sonrío la vida. (p. 18).

De esta manera, puede observarse el olvido del yo para nacer en el corazón del otro (FICINO, 1994; PLATÓN, 2004). Los amantes se han reconocido en el cuerpo que hasta el momento había aparecido como privado y devino en conocimiento del amado. Se exploraron hasta la saciedad. El poco interés mostrado en seguir desarrollando sus clases, imitar lo que había hecho en el pasado sin la necesidad de innovar en el conocimiento, el sentimiento de ser repetitivo con respecto a sus pensamientos anteriores, todo esto es el resultado de haberse descubierto en el cuerpo de otra persona, en Eloísa su amada, en quien depositó ese amor que jamás había llegado a sentir por otra persona. Habitar en este idilio fue para ellos la muestra más profunda del amor que pudieron haberse demostrado. Murieron dentro de sí para renacer en el cuerpo del amante. Tan solo debían esperar que su relación siguiera siendo privada o, al menos, que Fulberto no se enterase de lo que ellos hacían en el encierro, pues todo resultaría en una tragedia en el caso de que el canónigo tuviese ese conocimiento.

El cuerpo como separación y castigo

No hay nada que el tiempo no revele. Del fruto del amor entre Abelardo y Eloísa nacería un hijo a quien llamarían Astrolabio. Hubo escándalo entre los conocidos de ambos ya que la castidad de Abelardo se puso en duda y la noble Eloísa se convertiría en madre sin haber terminado sus estudios. No obstante, tras haberse alejado de la tutela del tío Fulberto para asumir la familia que ahora habían fundado los amantes, Abelardo propuso un matrimonio para mitigar la ira del canónigo y para demostrar que su amor por la dama iba más allá de una pasión desenfrenada. Hubo resistencia por parte de Eloísa a tal idea de un

matrimonio entre ellos. ¿Cómo podría su amado entregarse por completo a la enseñanza de las letras y las ciencias teniendo una esposa al lado? ¿Qué sería de su fama de castidad conseguida a través de los años? Para ella, esta no sería la mejor de las ideas, aunque conociendo los alcances que podría tener su tío al respecto, accedió a las pretensiones de su amado. Se casaron de madrugada, con pocos testigos e invitados para no aumentar el escándalo que ya se había formado en torno a esta relación que, aparentemente, nunca debieron haber comenzado.

Se marcharon del hogar hacia otras tierras en las que pudieran habitar lejos de los escándalos propios de la sociedad en la que habían pecado. Con el pasar de los días, semanas tal vez, se tomó una decisión que pudo haber sido motivo de una nueva controversia. La tomaron en medio de su soledad, sin que nadie se enterase de momento. Eloísa engrosaría las filas del convento de Argenteuil en el que había comenzado sus estudios. Tendría que separarse de su amado para que el amor pudiera ser más fuerte y no interferir en las acciones que el hombre cometería siendo un maestro. Ahora bien, ambos reconocieron que “la separación de los cuerpos hacía más estrecha la unión de las almas. Y la misma ausencia del cuerpo encendía más el amor” (ABELARDO, 1983, p. 19). No importaba realmente si estaban cerca o lejos, sus cuerpos se habían conocido tanto y tan bien que podían estar separados por un océano y, aun así, sentirían el calor del amado en una presencia idílica.

Pareciera ser que nada queda oculto para siempre, pues los secretos que deberían guardarse entre dos podían recorrer el mundo entero en un parpadeo (RAMÍREZ, 2015). Poco tiempo después, Fulberto y el resto de sus familiares se enteraron de que Eloísa estaría a punto de tomar el hábito en aquel convento. La ira se apoderó de ellos y quisieron tomar venganza frente a la nueva ofensa cometida. Primero se enamoran, luego se embarazan, posteriormente se casan en secreto y ahora Abelardo se deshacía de ella para quedar libre a otras aventuras que pudiese tener con otras damas o, incluso, olvidándose de sus responsabilidades como progenitor y como esposo. Así interpretaron los eventos el canónico, sus familiares y conocidos. Estos eventos debían terminar en un castigo proporcionado a la ofensa cometida. Algo tenían que hacer para enseñar al hombre que existían consecuencias por el pecado. Así lo podemos observar cuando se afirma que

Cuando se enteraron su tío, sus familiares y amigos, juzgaron que ahora mi engaño era completo, pues, hecha ella monja, me quedaba libre. Por lo cual, sumamente enojados, se conjuraron contra mí. Cierta noche, cuando yo me encontraba descansando y durmiendo en una habitación secreta de mi posada, me castigaron con una cruelísima e incalificable venganza, no sin

Notandum, ano XXVIII, 2025 CEMOrOC-Feusp / GTSEAM

antes haber comprado con dinero a un criado que me servía. Así me amputaron —con gran horror del mundo— aquellas partes de mi cuerpo con las que había cometido el mal que lamentaba. Se dieron después a la fuga. A dos de ellos que pudieron ser cogidos, se les arrancaron los ojos y los genitales. Uno de ellos era el criado arriba mencionado que, estando a mi servicio, fue arrastrado a la traición por codicia. (ABELARDO, 1983, p. 24).

Ahora Abelardo estaba incompleto. Justamente arrancaron de su cuerpo el símbolo de la masculinidad (OLARTE, 2018). No solo le arrancaron una parte de sí, sino que también le provocaron en su cuerpo un dolor indescriptible para purgar el pecado cometido. Con su miembro había transgredido las leyes de Dios, con ello había ofendido a Eloísa, a su familia y a la sociedad. Es probable que, como su fama de castidad era tan extendida, se le exigía que permaneciera así *in secula seculorum*. En consecuencia, de las acciones pasadas que cometió sobre el cuerpo de la otra persona (haber explorado su sexualidad a través de Eloísa) le arrancaron el motivo que lo arrojó a las pasiones más bajas con una dama a la que debía formar en lenguas, teología y artes liberales. Pagó con su cuerpo aquello que en otro tiempo pudo haber evitado. No obstante, según se nos muestra en lo que sigue de la epístola, el amor entre los amantes no acabó con la castración, pues el amor que sentían el uno por el otro era tan puro como el agua cristalina (COMAS, 2020).

El castigo, aunque doloroso y vergonzante, fue considerado como justo por parte de Abelardo. Es probable que los vecinos y amigos del filósofo hayan sentido lástima por la condición en la cual lo habían dejado, a pesar de todo, esto no lo libraba, por completo, de la ofensa cometida contra Eloísa. Sin embargo, el amor no pudo ser considerado como una afrenta porque les salió de lo más profundo del corazón a pesar de que la sociedad del momento no aceptaba que fuera entre un maestro (con una excelente fama de castidad) y una alumna suya. Finalmente, el castigo fue aceptado como una humillación por parte de Abelardo (1983) al decir que “[...] no podía dejar de pensar en lo justo del juicio de Dios por haberme castigado en aquella parte del cuerpo con la que había delinquido” (p. 25). En su cuerpo llevaría la marca de la afrenta cometida y, aceptándola, tendría que seguir con su vida. La resignación, entonces, se hizo presente en la existencia de Abelardo.

Ahora bien, ante esta castración del cuerpo, habría que agregar otra consideración que preocupaba a Abelardo: la admisión en la Iglesia. Sabía que a los hombres castrados no se les admitía en la asamblea de Dios, pues, partiendo de dos versículos bíblicos, interpretó que ahora no habría lugar para él. Es decir, con su castración no solo recibió la compensación por la afrenta cometida, sino que también recibió una solemne expulsión de la iglesia a la que

había pertenecido. Lo justo, entonces, de la pena recibida, tuvo mayores consecuencias de las que pensó en un primer momento. Esto lo dedujo de la siguiente manera.

No salía de mi confusión al recordar que – según la interpretación literal de la Ley – Dios aborrece tanto a los eunucos que los hombres a quienes se han amputado o mutilado sus testículos no pueden entrar en la iglesia, como si fueran malolientes o inmundos, pues los mismos animales, en tales condiciones, son rechazados para el sacrificio. Se dice en el Levítico: «No ofreceréis al Señor reses con testículos machacados, aplastados, arrancados o cortados». Y en el Deuteronomio: «No se admite en la asamblea del Señor a quien tenga los testículos machacados o haya sido castrado, o se le hayan cortado los genitales». (ABELARDO, 1983, p. 25).

En tales circunstancias, su lamentación iba más allá de lo físico. En su cuerpo llevaría la marca, la señal y la cicatriz de un pasado en el que se unió voluntariamente a su amada. Además, de ahora en adelante tendría que hacer penitencia para que no se le tuviera en cuenta este pecado y pudiera escribirse su nombre en los admitidos a la asamblea del Señor. Por la pasión desbordante que sintió por su amada, ahora pagaba las consecuencias. En la H.C se nota una victimización de sí mismo expuesta y abordada por Abelardo en tanto que expresa sus penas como las más dolorosas que hayan podido registrarse.

Para culminar, simplemente hay que decir que a Abelardo lo han condenado al silencio perpetuo en el concilio de Sens (1140) a causa de las controversias que generaban sus obras. Además, él mismo terminó recluido en el monasterio de San Dionisio.

Conclusiones

Si bien es cierto que, en las cartas de Abelardo y Eloísa, sobre todo en la H.C. no existe una exposición directa acerca del cuerpo o de la corporalidad, sí hay de trasfondo algunos comentarios que pueden ayudarnos a introducirnos en esa temática. A lo largo del presente artículo se ha intentado evidenciar una nueva lectura de la H.C a partir de ese concepto del cuerpo. En primera instancia, el cuerpo fue el motivo del amor entre los amantes para luego convertirse en el castigo por el pecado y la ofensa cometida. En este sentido, el cuerpo tiene una doble dimensión dentro de la H.C escrita por Pedro Abelardo.

El cuerpo es un lugar físico (bien sea cercano o lejano) en el que desembocan las pasiones de dos amantes. Esto se observa en los comentarios que se han realizado acerca del amor que se sentía entre Abelardo y Eloísa en los que, a pesar de estar separados o recluidos en conventos, la pasión no disminuyó, sino que se hizo más fuerte el deseo por estar con el

otro a pesar de las circunstancias tormentosas en las que estaban por entregarse al otro y descubrir en ese otro la propia sexualidad.

El cuerpo es un lugar físico en el que se castigan los errores cometidos por alguien. Esto es lo que ha debido vivir Abelardo en las retaliaciones que ha tenido el tío Fulberto como una forma de alivianar la eventual ofensa que el filósofo había cometido en contra de la dama. En este sentido, el cuerpo deviene en un campo sobre el que se pueden ejercer presiones externas como puniciones para que la persona condenada (en este caso a una castración) pague una condena por los errores cometidos en el pasado, como el haberse acostado con la hija de un canónigo.

Referencias

ABELARDO, P. **Ethica seu liber dictus scitu te imsum [Conócete a ti mismo]**. Barcelona: Altaya, 1944.

ABELARDO, P. **La historia de mis desventuras**. Biblioteca Básica Universal: Barcelona, 1983.

ABELARDO, P. **Diálogo entre un filósofo, un judío y un cristiano**. Zaragoza: Yalde, 1988.

BRASA DÍAZ, M. Disidencias de Pedro Abelardo. **Revista Española de Filosofía Medieval**, n. 1, p. 109-131, 1994.

COMAS, A. M. Tres ejemplos medievales de “amor puro”: la herejía catara, la doctrina de Pedro Abelardo sobre el amor divino y el “amor puro” de Eloísa. **Espíritu: cuadernos del Instituto Filosófico de Balmesiana**, 69 (160), p. 333-366, 2020.

ESCOBAR-GÓMEZ, J. A. Abelardo y la educación en el siglo XII. **Quaest. disput**, 14 (29), p. 49-66, 2021.

FACI LACASTA, F. J. Una autobiografía medieval: la historia calamitatum, de Pedro Abelardo. **Revista de Occidente**, n. 74-75, p. 34-44, 1987.

FICINO, M. **De amore**. Editorial Tecnos: Madrid, 1994.

HERRERA OSPINA, J. Triunfo y desgracia en la relación Razón-Amor en Pedro Abelardo. **Revista Temas**, n. 3, p. 89-100, 2009.

HERRERA OSPINA, J. La influencia agustiniana en Pedro Abelardo. **Revista Temas: Departamento de Humanidades Universidad Santo Tomás Bucaramanga**, n. 4, p. 33-48, 2010.

MARAVALL, J. A. Diversificación de modelos en el Renacimiento: Renacimiento francés y Renacimiento español. **Cuadernos Hispanoamericanos**, n. 390, p. 551-614, 1982.

Notandum, ano XXVIII, 2025
CEMOrOC-Feusp / GTSEAM

MIGNE, J.-P. **Patrologiæ latina**. Cursus completus. Omnium ss. Patrum Doctorum Scriptprunque Ecclesiasticorum. Series Latina. Accurante. Tomus CLXXVIII. París: Bibliotecæ Universæ, 1986.

NAVARRO CORDERO, C. Eloísa y Abelardo. **XX siglos**, 9 (36), p. 23-32, 1998.

OLARTE RAMOS, C. A. Conflictos estudiantiles y género: el símbolo de la masculinidad em la escuela. **Escenarios**, 18 (28), p. 1-7, 2018.

OSSADÓN VALDÉZ, J.-C. Abelardo y Eloísa: drama filosófico. **Philosophica**, n. 27, p. 199-214, 2004.

PLATÓN. **El Banquete**. Alianza: Madrid, 2004.

RAMÍREZ, A. De Abelardo a Eloísa: sobre el silencio y el lenguaje. **Perseitas**, 3 (2), p. 138-153, 2015.

RAÑA DAFONTE, C.-L. **Pedro Abelardo (1079-1142)**. Ediciones del Orto: Madrid, 1998.

LOBO, L. S.; LUZ NETO, J. P. da. O corpo cristão como corpo feminino: A terceira carta de Heloísa d'Argenteuil a Pedro Abelardo. **Revista Eclesiástica Brasileira**, 80 (317), p. 707-718.

ZUMTHOR, P. **Abélard et Héloïse**. Correspondance. Paris: Bibliothèque médiévale; Union Générale, 1950.